

# Anticomunismo interesado

Muy justa es la preocupación del comunismo, como enemigo número uno de la cultura occidental.

La misma Iglesia nos la recomienda, sobre todo desde Pío XI, quien en su encíclica *Divini Redemptoris* (1937) calificó al comunismo ateo como "intrínsecamente malo".

Pero desde entonces acá se ha desarrollado entre nosotros una doble corriente anticomunista: una, normal; otra, patológica. Tal vez sería más justo decir: una, sincera; otra, interesada. Corremos el peligro de calificar de comunista toda idea avanzada y progresista, incluso toda persona de sincera preocupación social, haciendo con ello la mejor propaganda al verdadero comunismo marxista, que, por ser materialista y ateo, es intrínsecamente malo.

## El caso dominicano

Escribimos estas líneas en el momento en que el mundo se siente conmovido por los sucesos de la República Dominicana; y desconcertado ante la intervención de los **marines** norteamericanos. Hecho de enorme importancia histórica, sobre la cual no vamos a dar una opinión definitiva, pero que invita a una seria meditación.

Utilizando criterios ajenos, y por cierto norteamericanos, transcribimos aquí un comentario del *NEW YORK TIMES* del día 3 de mayo:

**"...La experiencia cubana ha engendrado un sentimiento de inseguridad en Washington sobre cualquiera ingerencia izquierdista en los alzamientos latinoamericanos. Esta es una preocupación comprensible, pero no de índole tal que deba provocar un despliegue rabioso de poderío ante cualquier insinuación de infiltración comunista que se señale. Una cosa sería para los Estados Unidos proceder sobre la base de evidencia apremiante de importante manipulación del exterior para armar o dirigir a los rebeldes dominicanos. Pero al no saber de algo más amenazador que los nombres de unos cuantos comunistas activistas, sería desastroso dejar que el temor se transforme en la excusa para emplear nuestro poderío militar a fin de sostener a una dictadura derechista en un país que presenta todavía cicatrices de tres décadas de presión brutal bajo el Generalísimo Trujillo. Tal orientación sería contraproducente y moralmente sería injustificable."**

## Acotaciones al comentario

La interpretación obvia de este comentario parece ser la siguiente:

La intervención yanqui se justificaría si en Santo Domingo hubiera existido una clara intervención exterior de los comunistas (de Cuba, Rusia, China...). Pero si tal intervención exterior no era clara y se reducía a la participación de unos cuantos activistas del comunismo internacional en una revuelta de carácter ciertamente izquierdista, pero democrático y antidictatorial, la intervención sería contraproducente y moralmente injustificable.

Nosotros añadiríamos algo más. Existe la OEA, y EE.UU. es el más poderoso y prominente de sus miembros. Aun en el caso de una clara intervención exterior, correspondía a los EE.UU. —si el caso era de extrema urgencia— proceder tal vez a la intervención, pero ofreciendo paralelamente a la OEA las razones contundentes de su necesaria y fulminante intervención en República Dominicana. Esa participación no se hizo, al menos con

precisión y detalle, sino bajo la genérica afirmación de que existía un inminente peligro de repetición del caso cubano.

Sabemos muy bien que **la doctrina de no intervención**, aceptada por la OEA y consiguientemente por los EE.UU., implica **la capacidad de autode-terminación** de un concreto pueblo o país. La incapacidad de autodeterminación es más clara en Cuba que en República Dominicana, donde un grupo, con carácter dictatorial, derrocó un régimen democrático, surgido de elecciones libérrimas. De donde se deduce que una intervención en Cuba por la OEA y EE.UU. sería mucho más justificada que en República Dominicana.

El asunto se complica todavía ante el dictamen de la Comisión destinada por la OEA: que la presencia de comunistas en acción es clara en ambos sectores contendientes en Santo Domingo, pero en ninguno de los bandos es factor determinante.

Parece, por lo tanto, evidente que EE.UU. tomó una determinación precipitada, con una secuela fatal: la protesta unánime y airada en todas las naciones de la América Latina, agravada con el antecedente histórico de las repetidas y no justificables intervenciones anteriores de EE.UU. en la propia República Dominicana y otras naciones de la cuenca del Caribe.

Si el hecho fue precipitado, unilateral y moralmente injustificable, se pierde una larga labor de política de amistad y comprensión de EE.UU. y Latinoamérica, en la que sobresalió el malogrado Kennedy. Y ello, cuando la confianza era más necesaria en la colosal batalla que se ha iniciado en América entre el totalitarismo comunista y la democracia.

## La lección

Nada más del caso dominicano, sobre el cual dictaminará la historia, y más próximamente la OEA —si tiene conciencia de su dignidad y preocupación por su pervivencia— y tal vez la ONU.

Pero la lección es contundente.

No todo lo malo es comunismo.

Algo más: no todo lo que tenga visos de izquierdismo es malo, ni es necesariamente comunismo.

Todavía más: puede ser bueno y excelente un movimiento nacionalista y democrático, aunque no sea grato a los EE.UU., a las fuerzas capitalistas y a determinados intereses financieros, a pesar de que el comunismo internacional, por complicadas o muy simples razones, lo vea con simpatía.

Convengamos con el **New York Times** que el miedo patológico o interesado al comunismo no puede ser excusa para hechos políticamente contraproducentes y moralmente injustificables.

## La ineficacia de lo negativo

Como católicos debemos añadir algo más.

Nosotros calificamos de error la mera actitud anticomunista. Nada meramente negativo es definitivamente constructivo y eficaz. Es una ilusión descansar del peligro comunista porque están en vela los **marines**. Y en tal ilusión han caído muchos venezolanos, cargados de complicados intereses. El comunismo es una idea, una weltanschauung, una cosmovisión. Las ideas no se matan con las armas. Se vencen con ideas. Los **marines** no pueden garantizar la estabilidad de un estado de cosas lleno de injusticias y desigualdades sociales. A una revolución insincera, violenta, inescrupulosa e injusta, como es el comunismo, hay que ofrecer una revolución sincera, justa, rápida y legal.

Y es lo que necesita la América Latina. Debieran saberlo los Estados Unidos de Norteamérica, que con frecuencia protegen y apoyan entre nosotros, con miopía suicida, movimientos socializantes, materialistas o naturalistas.

A pesar de los **marines**, América Latina será comunista si no ofrecemos a un continente depauperado, inconforme y anheloso de redención una rápida solución fundada en la moral, la verdad y la justicia.

Esa solución es la doctrina social de la Iglesia.

M. A. E.